

III. LIBROS

REDI GOMIS (1957). Lic. en Psicología Social. Investigador del Departamento de América del Norte en el CEA.

La inmigración cubana de 1980 en los Estados Unidos: revisión crítica de una bibliografía norteamericana sobre el Mariel

Aunque presentan poca representatividad y otras deficiencias metodológicas, los estudios, norteamericanos sobre el Mariel revelan fuerte pérdida de status, desajuste y frustración en el grupo de Mariel

Como una resultante histórica, la comunidad cubana en los Estados Unidos ha devenido un grupo identificable dentro de la minoría hispana, básicamente concentrada en Miami, New Jersey, New York y algunas zonas de California. En estos lugares, su participación en la vida política, económica y social norteamericana resulta significativa. Allí la presencia cubana ha absorbido numerosas ocupaciones, salarios, fondos de bienestar social y otros gastos federales: ha contribuido, con la creación de un ambiente latino en los lugares de asentamiento, a convertirlos en plataformas de comercio entre los Estados Unidos y sus vecinos del sur. Además, en las ciudades y regiones donde su concentración es más alta, ha afectado la posición socioeconómica de otros grupos étnicos, ha favorecido determinados tipos de inversiones, ha promovido actividades políticas ilegales —incluido el terrorismo—, y actos delictivos como el tráfico de drogas y el juego; y ha logrado ocupar determinados espacios políticos locales, entre otros aspectos.

Por otra parte, no puede olvidarse la connotación que esta comunidad tiene en específico para Cuba, ya que históricamente ha servido como caldo de cultivo para el desarrollo de diversas actividades contrarrevolucionarias.

Todo lo anterior no deja lugar a dudas en el sentido de que la comunidad cubana sea diferenciada como objeto de estudio propio entre las investigaciones que procuran describir la estructura social de los Estados Unidos,¹ dándole especial relevancia a las relaciones recíprocas que se establecen entre ella y la sociedad receptora en su conjunto.

¹ Asumimos la estructura social en su acepción más amplia, es decir, como categoría que generaliza, de acuerdo a Rutkevich, las más diversas estructuras y subestructuras, “cada una de las cuales presupone la existencia objetiva de una determinada, división de la sociedad, en grupos y el conjunto de conexiones entre ellas. Desde este, ángulo, las estructuras nacional (étnica), demográfica, profesional, etc., deben examinarse como determinados tipos importantes de la estructura social. Sin embargo, en cualquier sociedad de clases el papel fundamental y determinante le pertenece a la estructura clasista, que se cruza. con la étnica y la demográfica y está estrechamente vinculada a la profesional”. Véase M. Rutkevich: “La estructura social socialista y su marcha hacia la homogeneidad”. En Ciencias Sociales, no. 3, Moscú, 1974, p. 22.

En la actualidad existe una abundante literatura dedicada a analizar los problemas de la comunidad cubana en los Estados Unidos, entre los que pudieran destacarse los estudios ya clásicos de Rafael Prohías y Lourdes Casal, los de Alejandro Portes y los de Lourdes Argüelles.²

Aunque antigua, la comunidad cubana en los Estados Unidos comienza a adquirir cada vez mayor importancia a partir del triunfo de la Revolución Cubana, cuando como consecuencia de un conjunto de factores externos e internos se inicia un movimiento migratorio que, independientemente de las motivaciones individuales de las personas envueltas, adquiere por sus implicaciones un carácter esencialmente político. Este movimiento se ha venido desplegando a través de una serie de etapas.³ El reciente episodio migratorio que partió del puerto habanero del Mariel no puede desligarse de la corriente migratoria general: representa hasta cierto punto su continuidad histórica dentro de la lógica de la lucha de clases que a nivel internacional define las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos y puede considerarse, asimismo, como su más reciente eslabón.

El fenómeno del Mariel —que desde el punto de vista emigratorio transcurrió entre los meses de abril y septiembre de 1980 y en virtud del cual alrededor de 125000 personas se trasladaron a los Estados Unidos— inundó las primeras planas de los periódicos de virtualmente todo el mundo. Los hechos adquirieron un descomunal relieve a la luz de una renovada y siempre hostil campaña de propaganda que desataron contra nuestro país las agencias de prensa internacionales. Los sucesos se exageraron en unos casos y se tergiversaron en otros, y estuvieron mayormente cargados de una dimensión ideológico-política con el fin de desacreditar a la Revolución Cubana. Se intentó presentar los hechos como una prueba de la inseguridad de los cimientos de la Revolución, como si de la salida del 1 % de la población de la isla dependiera su futuro. En este terreno se supo dar una respuesta adecuada, tanto por parte del gobierno cubano, que denunció desde los inicios esta campaña, como por distintos autores cuyos libros han venido apareciendo en fecha reciente.⁴

² Rafael Prohías y Lourdes Casal: *The Cuban Minority in the U.S.: Preliminary Report on Need Identification and Program Evaluation*, Florida Atlantic University, Boca Raton, Fla., 1973. De Alejandro Portes se puede consultar: "Dilemmas of a Golden Exile: Integration of Cuban Refugee Families in Milwaukee". En *American Sociological Review*, no. 34, agosto de 1969, pp. 505-518. Y de Lourdes Argüelles puede verse su artículo "El Miami cubano", aparecido en *Areito*, vol. VII, no. 28, 1981, pp. 4-15.

³ En cada momento histórico, debido a singulares combinaciones de factores, el movimiento migratorio cubano que se inició en 1959 adquiere ciertos rasgos específicos, lo que permite considerar distintas etapas por las que ha transcurrido hasta ahora, aunque cada una de ellas mantenga los elementos más generales que posibilita identificarlas como partes de una misma unidad. Por supuesto, cualquier división del fenómeno en etapas depende del criterio que el autor utilice. Para un análisis de las diferentes etapas por las que ha transitado el proceso emigratorio cubano, consúltense los trabajos de Prohías y Casal.

⁴ Nos referimos específicamente al libro *Desafío a la desinformación*, Editora Política, La Habana. 1980, y a *La frontera en Mariel*, del periodista y economista Fernando Dávalos, publicado por la UNEAC en 1983.

La cadena de hechos que condujeron directamente a la emigración masiva de cubanos por el puerto del Mariel se inició el cuatro de abril de 1980, cuando unas 10 000 personas penetraron en los jardines de la embajada de Perú en La Habana. Esto tuvo lugar después que el gobierno cubano tomó la decisión de retirar la guardia que custodiaba a la sede diplomática como consecuencia del incidente que costó la vida al soldado Pedro Ortiz Cabrera.

Pero en sentido estricto no puede decirse que el problema de la inmigración del Mariel haya concluido. No hay más que hojear las publicaciones periódicas en los Estados Unidos, dirigidas o no a la comunidad, para como probar que los distintos aspectos relacionados con esta población no cesan de ocupar un espacio en ellas.

Tomados en toda su amplitud, los sucesos que tuvieron lugar a inicios de los 80 reúnen una extensísima y variada gama de problemas; algunos de naturaleza muy diversa entre sí. La siguiente panorámica acerca de la bibliografía disponible sobre el tema no tiene el propósito de ofrecer un exhaustivo inventario de todo el conjunto de cuestiones susceptibles de abordarse, o que estén contenidas en los trabajos que han discurrido sobre el asunto.

Sólo nos detendremos a profundizar los aspectos que se refieren al momento inmigratorio del fenómeno; es decir, en la perspectiva de la inserción de la población que participó en el movimiento migratorio dentro de la sociedad norteamericana.

En lo posible, sólo se han utilizado estudios concretos o artículos que han aparecido en revistas especializadas. Aunque se irán realizando consideraciones particulares sobre la marcha de la exposición, pudiera hacerse una caracterización, grosso modo, de la bibliografía sobre el tema partiendo de los siguientes rasgos: a) los datos que se utilizan para apoyar las distintas ideas y conclusiones se han obtenido a partir del análisis de muestras poco representativas, por lo que la información aparece en ocasiones sesgada; b) la obtención de los datos se apoya en lo que los propios implicados en el proceso han suministrado a través de entrevistas, encuestas y otros medios. La utilización de esta práctica metodológica como forma única de obtener la información nos lleva a cuestionar su validez; c) en la mayoría de los casos los análisis realizados son parciales —demográficos, siquiátricos, criminales, etc.—, y no buscan integrar todos los factores que afectan la situación; d) existe una evidente distorsión ideológica en el análisis de los datos, lo que se expresa, entre otras cosas, en las derivaciones respecto a la sociedad cubana.

En resumen la bibliografía norteamericana sobre el particular brinda una visión parcial, con limitaciones en la posibilidad de generalizar los resultados debido a la carencia de representatividad de las muestras. También reduce la validez de la información, porque el procedimiento seguido no permite discernir con certeza la veracidad o falsedad de lo que el entrevistado dice de sí mismo —y hay razones para suponer que sus confesiones sean interesadas. Pero no puede pensarse, sin embargo, que estos estudios no contengan aspectos positivos y elementos valiosos que permitan avanzar en el estudio de tan

importante tema. De hecho, sí los tienen. Este trabajo glosará sus ideas más sobresalientes y rescatables.

EL CONTEXTO DE LA EMIGRACIÓN DEL MARIEL

Aun cuando nuestro interés no sea examinar la migración del Mariel en la perspectiva de la sociedad cubana de origen, sino enfocarla desde el ángulo de los procesos que han tenido lugar en la sociedad receptora y del destino final de los inmigrantes. no puede desconocerse el contexto real dentro del que se encuentra inmerso el fenómeno. Este le sirve de natural marco de referencia, y también aquí encuentra su legítima explicación. La emigración hacia los Estados Unidos no constituye un fenómeno aislado ni privativo de Cuba. En primer término, la inmigración de contingentes humanos en los Estados Unidos procedentes de los países subdesarrollados se ha venido incrementando desde las dos últimas décadas. Las estadísticas norteamericanas reflejan la tendencia al aumento de este tipo de inmigración, mientras que la de los países de Europa desarrollada y Japón ha tendido a disminuir o a mantenerse estacionaria.⁵

En este nivel de análisis, el Mariel puede considerarse como un caso más de la tendencia migratoria internacional, que aparece como consecuencia de las profundas relaciones de desigualdad existentes entre las distintas regiones del mundo. Así se origina la corriente que va desde los países menos desarrollados hacia las naciones de mayor desarrollo, en las que los emigrantes creen percibir las oportunidades de integrar un estilo de vida que les ha sido inculcado y que por consiguiente desean.

En un nivel más cercano —y siempre dentro de esta dinámica migratoria mundial—, tenemos la inmigración en los Estados Unidos desde los países latinoamericanos y caribeños, en la cual también se insertan la corriente migratoria cubana y el fenómeno del Mariel. Un informe del Departamento de Estado de los Estados Unidos de mayo de 1980 establece que anualmente se reciben cuatro millones de solicitudes de visas de los países latinoamericanos.⁶ Además, entre 1967 y 1976 se mostró un incremento del 43,4% con relación al periodo que va de 1956 a 1965.

La emigración del Mariel forma parte inseparable del movimiento migratorio que se inició en Cuba después del triunfo de la Revolución, del que representa su más reciente etapa. En todo este proceso migratorio, tanto la política norteamericana como la comunidad cubana han desempeñado un papel de primer orden. De una manera más inmediata, el Mariel hay que situarlo en el contexto que cubre el desarrollo socioeconómico y político de Cuba y el invariable deterioro de las relaciones entre nuestro país y los Estados Unidos, merced a lo cual el gobierno norteamericano no ha dejado de concebir mecanismos económicos, políticos, ideológicos y militares con el objetivo de desacreditar y desestabilizar a la Revolución. El estímulo de la emigración por diversas vías constituye uno de los

⁵ Cfr. U.S. Bureau of the Census: Statistical Abstract of the United States 1982.83, (103d. Edition) J, Washington, D. C. 1982. pp. 89-90.

⁶ Cfr. Barry Sklar: "Cuban Exodus,- 1980. The Context", folleto mimeografiado.

mecanismos que forman parte de su estrategia de confrontación con Cuba. Generalmente se ha buscado que esta emigración se realice por medios no convencionales, mientras por otro lado se van restringiendo las posibilidades de emigrar por la vía legal.

Una premisa del acto emigratorio es que el sujeto que lo realiza tenga la intención y disposición de hacerlo. En este sentido, puede decirse que el Mariel constituyó el resultado de la manipulación del, afán consumista de determinados sectores de la población cubana, a través de la proyección del “exilio dorado” donde todo se presentaba poco menos que al alcance de la mano.

De entrada, hay que subrayar la condición antisocial y marginal de una parte considerable de la población del Mariel. Obviamente esta condición no se determina sólo por el hecho de que esté formada por criminales o por personas que hayan cumplido algún, tiempo de prisión, como resaltan algunos “estudiosos” del problema. El carácter marginal y antisocial de estos sectores radica en que no se integran plenamente al socialismo: así, no respetan las normas y leyes que rigen para todos los miembros de nuestra sociedad; quieren mantener determinados privilegios, como consecuencia de lo cual hacen prosperar el mercado negro; practican la vagancia, ejercen la prostitución, consumen drogas o realizan actos escandalosos que perjudican al resto de la población. En Cuba estas actividades son ilícitas y atentan contra la moral y la legalidad socialistas. Como se ha dicho, personas así siempre están dispuestas a abandonar Cuba si tuvieran la oportunidad de hacerlo.⁷

La carencia de una base de referencia objetiva, debido a la falta de información sobre la realidad en los Estados Unidos —y en particular de la suerte de la comunidad cubana en ese país—, así como la atmósfera creada en aquellos momentos por la prensa internacional y la rapidez con que se desarrollaron los acontecimientos, contribuyeron a la existencia de un componente irracional que, junto a otras causas, afectó en gran medida la decisión de emigrar.

En fin, estos no son todos, pero sí algunos rasgos relevantes que se pasan por alto en la inmensa mayoría de la bibliografía que trata sobre el Mariel.

RECEPCIÓN

Desde el punto de vista de la incorporación de estos inmigrantes a la sociedad norteamericana, la recepción que se les dio se convirtió rápidamente en el, primer golpe que sufrieron sus aspiraciones y expectativas. Si por sus rasgos más significativos la migración del Mariel se presenta como continuidad de todo el proceso migratorio cubano anterior, por la acogida que recibió aparece como una ruptura drástica de lo que parecía ser una regularidad establecida. Contrariamente a la reacción que despertaron los grupos

⁷ Cfr. Luis Rodríguez dos Santos: “Los que se van”. En Cuadernos del Tercer Mundo, no. 38, junio-Julio de 1980, pp. 40-42.

anteriores, este último contingente conoció un fuerte rechazo por parte de, todos aquellos sectores que se vincularon de alguna manera con ellos.

Las expectativas que se habían formado, y que se afincaban en más de veinte años de experiencias inmigratorias previas, se vieron destrozadas súbitamente. A juicio de Robert Bach, profesor de sociología en la Universidad Estatal de New York, ese pésimo recibimiento —contradictorio y frustrante a la vez—, constituye la característica más notable que distingue a los inmigrantes cubanos que arribaron en 1980 vía Mariel y los que habían llegado antes de esa fecha.⁸

Este rechazo provino de casi todas las esferas de la sociedad norteamericana desde la postura adoptada por la propia comunidad cubana hasta la posición oficial asumida por la administración Carter, pasando por las reacciones de la población blanca norteamericana y de los restantes grupos minoritarios, y todos alentados a la vez por la cobertura que les ofrecían los medios de difusión masiva, que tuvieron un importante papel en la creación del estado de opinión desfavorable a su entrada al país. Como una consecuencia lógica de esta situación, y como un intento de diferenciar a los cubanos más recientes de los que ya se encontraban en territorio norteamericano —algo que, por cierto, no había ocurrido nunca antes—, surge el término marielito para designar a estos nuevos inmigrantes. Al principio la palabra estaba cargada de un contenido afectivo; pero finalmente devino un insulto.

No conocemos aún estudios realizados en torno a la reacción de la prensa y otros medios ante la llegada y permanencia en el país de los inmigrantes del Mariel. Tampoco se tienen noticias de investigaciones acerca de las reacciones de los distintos segmentos de la sociedad norteamericana. Pese a esta carencia, se pueden apuntar algunas consideraciones. Se ha señalado que el fenómeno del Mariel generó más atención interna que ningún otro influjo de inmigrantes en los años recientes.⁹ Pudiera apuntarse que uno de los factores que contribuyó a ello fue el intenso despliegue publicitario que cubrió el desenvolvimiento de los hechos y la situación que iba presentando esta población. La imagen que sobre los marielitos se trasladó a los receptores fue variando con una rapidez mágica: aquellos que unos pocos días antes eran considerados “valientes defensores de la libertad” y “héroes que escapaban del comunismo” comenzaron a ser llamados, curiosamente, del mismo modo que lo venía haciendo la prensa cubana; es decir, “antisociales”, “indeseables”, “escoria”, etc. No podríamos decir si esta reacción constituyó la causa o la consecuencia de la actitud de rechazo asumida contra esta población por los restantes factores de esa sociedad. De todas formas, no puede dudarse que tuvo una marcada influencia, ya sea creando o fortaleciendo dicha actitud.

⁸ Robert Bach: “Pre-Mariel Refuges and the Mariel Group: A, Comparative View”, ponencia presentada a la Conferencia sobre Migración Internacional y.. Refugiados “Los caribeños y, el Sur de la Florida” (1980).

⁹ Gabriel Haslip Viera: “Overview of Hispanic Migration to the United Statea”, ponencia presentada en el encuentro anual de la American Political Science Association, 1980.

Los marielitos comenzaron a utilizarse en una “función simbólica”, según el decir de Lourdes Argüelles. Cargaban —y cargan— con la culpa de todo lo malo que ocurría en los lugares hacia los que fueron enviados y se convirtieron en la explicación de cuanto crimen, robo, violación o cualquier otro tipo de delito se cometía.

La comunidad cubana reaccionó de forma ambivalente y contradictoria. En un primer momento se produjo un frenético recibimiento en la comunidad miamense, acompañado de llamativas demostraciones de apoyo de otros puntos del país: California, New Jersey, New York, etc. Este vigoroso recibimiento se revirtió drásticamente en poco tiempo, con lo cual se vino a sumar en fin de cuentas a las voces que se oponían a los inmigrantes del Mariel. Este cambio se debió en parte a que, por razones que se verán más adelante, los que llegaban se convertían en una carga adicional para la comunidad, en momentos de difíciles condiciones económicas. Además, le servían como una suerte de “chivos expiatorios” por el deterioro que estaba sufriendo la imagen de la comunidad a los ojos del pueblo norteamericano.

Pero no sólo en este sentido fue contradictoria la reacción de la comunidad cubana. Mientras por un lado les ofrecían un fuerte rechazo, por otro fue ella la que con sus acciones prácticas hizo posible que el flujo se materializara. El problema radica en que, a la vez que se rechazaba al marielito genéricamente, se acudía a buscar y se recibía a los familiares y amigos, o sencillamente se contribuía a ello pagando elevadas comisiones a quienes se encargaban de venir a Cuba a recoger sus familiares. Incluso el grueso de las personas que puso sus embarcaciones en función del puente marítimo fue de origen cubano.

Reacciones de rechazo emergieron también entre la población norteamericana y los restantes grupos minoritarios —particularmente los negros—, lo que se considera como uno de los factores de fondo que dieron lugar a los motines de Liberty City.

Los analistas de la inmigración del Mariel han señalado diversas razones que influyeron en estas reacciones encontradas: algunos se refieren a las características personales de los inmigrantes del Mariel, mientras otros se detienen en las consideraciones relativas al estado económico de la nación.

CARACTERÍSTICAS PERSONALES DE LOS INMIGRANTES

Para el profesor Robert Bach una de las causas sobre las que descansa el supuesto contraste entre los marielitos y el resto de la comunidad cubana en cuanto al diferente tratamiento recibido a su llegada a los Estados Unidos, es el “presumible más bajo nivel de experiencia laboral” de aquellos, lo que repercutiría en su grado de empleabilidad en el país.¹⁰ Esta característica, además de hacer más difícil su integración económica, los hacía aparecer inferiores a los que habían arribado con anticipación.

¹⁰ Cfr. Robert Bach: op cit., p. 6.

Sin embargo, basándose en el estudio de una extensa muestra —compuesta a su vez por una serie de muestras más pequeñas que se tomaron en los diferentes centros donde se recepcionó y procesó esta población—, Bach considera que, por el contrario, los marielitos son perfectamente empleables en los Estados Unidos.¹¹ Los resultados arrojaron que aunque en el momento de partir había un sustancial número de desempleados, muchos sostenían un empleo, y que la mayoría había estado empleada durante casi toda su vida adulta. Otros autores han planteado que los marielitos tienen un nivel educacional promedio de noveno grado.¹²

Sin embargo no debe perderse de vista que los resultados a los que han llegado estos autores derivan de las respuestas que los recién llegados daban libremente a los cuestionarios y entrevistas. Como se conoce, las respuestas de este tipo no siempre contienen la verdad que busca el investigador, por lo que la información así obtenida raramente puede satisfacer enteramente.

A juicio de Robert Bach, la presentación de los marielitos como personas inferiores no descansa en su comparación con las características que realmente tienen los miembros de la comunidad cubana, sino con la imagen estereotipada que existe sobre ellos.¹³ Según esta percepción tan difundida, los cubanos en los Estados Unidos constituyen un grupo verdaderamente próspero, formado por hombres de negocios, técnicos, profesionales y, en general, personas de clase media y alta. Esta percepción se sustenta, por una parte, en el llamado “exilio dorado” de los años sesenta, cuando se privó a Cuba de la mayoría de sus técnicos y profesionales, que fueron estimulados a emigrar por cuenta de los Estados Unidos; por otra, fue la imagen que difundió y promovió el gobierno norteamericano, entre otras cosas, por su interés en “demostrar” los encantos del exilio de manera que resultaran atrayentes, con el fin de desproveer a Cuba de sus cuadros más calificados. Pero es que la población cubana residente en los Estados Unidos es mucho más heterogénea de lo que pretende esa imagen. La mayor parte la integran elementos de la clase obrera, que incluso perciben salarios muy por debajo de la media nacional, de acuerdo con los resultados de un interesante estudio de los cubanos Juan Valdés Paz y Rafael Hernández.¹⁴ Por sus características los marielitos son, como resalta Sach, muy semejantes a los cubanos más “típicos”.¹⁵

Los marielitos también han sido objeto de rechazo por otros rasgos personales, además de su supuesta condición inferior. El profesor Max Azicri, del Edimboro State College, señala que la imagen pública negativa y el rechazo que sufrieron los marielitos no descansó

¹¹ Ibid.

¹² Cfr. Juan Clark et al: “The 1980 Mariel Exodus: an Assessment and Prospect”. Informe especial del Council for Interamerican Security, 1981.

¹³ Cfr. Robert Bach: op. cit.

¹⁴ Cfr. Rafael Hernández y Juan Valdés Paz: “La estructura de clase de la población cubana en los Estados Unidos”. En Cuadernos de Nuestra América, vol. 1, no. O, julio-diciembre de 1983.

¹⁵ Robert Bach: op. cit., p. 10.

solamente en las características relativas a su calificación y entrenamiento laboral — aunque particularmente importantes en un mercado de fuerza de trabajo saturado—, sino también, y de forma primordial, en su “calibre humano”, refiriéndose con esto a. las afirmaciones que se hicieron sobre la existencia de un fuerte núcleo de delincuentes, homosexuales y enfermos mentales dentro de esta población.¹⁶ Y aunque la mayoría de los autores tienden a minimizar el peso de estos elementos, no puede negarse que las noticias en ese sentido crearon un verdadero pánico en las comunidades hacia las que se enviaron los marielitos. Realmente, sobre la base de fuentes norteamericanas resulta muy difícil conocer con exactitud su importancia numérica.

El grupo de los que tenían antecedentes delictivos se determinó en la mayoría de, los casos por el propio reconocimiento de las personas implicadas que admitían haber cometido o no delitos en Cuba. Tomando como criterio la naturaleza del delito, esta subpoblación se dividió en dos grupos: los que habían cometido delitos graves y los que tenían delitos menores. En el primer grupo se incluían sólo las 1 761 personas que el Immigration and Naturalization Service (INS) envió directamente a prisiones —de la que muchos aún no han salido—, por haber cometido supuestos “crímenes de peso”. Esta cifra sólo representaba el 1,4% del total, según las estadísticas del INS.¹⁷ Sin embargo, Karen S. Kerpen considera que la decisión federal de confiar en penitenciarías al grupo de los “delincuentes duros”, constituyó más bien “un ejercicio de carácter simbólico” con el objetivo de desatemorizar a la población doméstica, pues en realidad a muchos individuos con record criminales se les envió a las comunidades próximas a los campamentos y a lo largo de todo el territorio norteamericano.¹⁸

El otro grupo, el de los delitos leves, se componía de 23927 inmigrantes (19,1 %) que reconocían haber guardado prisión en Cuba, pero por motivos que se consideraron de importancia menor en el ámbito social y legal de los Estados Unidos o que, incluso, no se consideraban delito bajo las leyes norteamericanas. Por ejemplo: delitos contrarrevolucionarios, vagancia y participación en el mercado negro.¹⁹

Al caracterizar como delitos “menores” los cometidos por estas personas con antecedentes penales y plantear que no desembocarían necesariamente en prisión en los Estados Unidos, en realidad se pretende suavizar la imagen de toda la población y desmentir la versión del Gobierno Revolucionario acerca de la naturaleza antisocial del grueso de la población que emigró por el Mariel. Pero con esta argumentación se pierde de vista que se está tomando como punto de referencia a dos sociedades radicalmente distintas y que en nuestra

¹⁶ Cfr. Max. Azicri: “Cultural and Political Change Among Cuban-Americans”, ponencia presentada al Seminario sobre las comunidades negra, chicana, cubana, india. y puertorriqueña en los Estados Unidos, CEA-Casa de Las Américas, La Habana, 1981.

¹⁷ Véase además el informe del Cuban-Haitian Task Force de noviembre de 1980.

¹⁸ Cfr. Karen S. Kerpen: “Those who Left: Two Years Later”. En *Cubatimes*, Spring, 1982.

¹⁹ En este sentido pueden consultarse el trabajo de Juan Clark y también el de Silvia Unzueta: “The Mariel Exodus: a Year in Retrospect”, Miami, 1981.

sociedad los actos que cometieron, y por los cuales fueron juzgados, sí constituyen expresiones de un indudable carácter antisocial y delictivo.

De acuerdo con los trabajos de Robert Bach, el 16% de los que pasaron por los campamentos de relocalización reconocieron haber sido encausados en Cuba, aunque el propio autor advierte que los motivos de sus condenas resultaban poco claros.²⁰

También se ha tratado de restar importancia a los antecedentes delictivos de los marielitos, considerando que esos delitos habían ocurrido muchos años antes.

Volvemos a insistir en que la metodología que se utiliza en estos trabajos para obtener los datos, sólo permite una confiabilidad restringida. Habría que preguntarse si todo el que tiene antecedentes penales estaría dispuesto a reconocerlo, sobre todo cuando las circunstancias hacen difícil comprobar la veracidad de lo que se declara. Lo mismo ocurre con respecto a lo que se dice sobre la naturaleza del delito. Por ejemplo, puede existir alguien que “confiese” haber cometido “delitos políticos” por pura conveniencia, aun cuando no sea cierto. Sucede igualmente con la fecha en que se cometieron.

Con relación a la presencia de un grupo de personas con trastornos mentales y de conducta, es más pobre aún la información que se tiene. Las primeras cifras que se dieron a conocer se sustentaban en el número de casos que eran atendidos en las consultas que se establecieron dentro de los campamentos de relocalización. Debido al gran volumen de personas clínicamente vistas en ese entonces, la proyección estadística resultó sumamente alta, según el informe del Cuban-Haitian Task Force del primero de noviembre de 1980.

Más adelante la prensa utilizó los informes de algunos campamentos, los que generalizó e hizo extensivos a la población de todos los campamentos.²¹ Veamos algunas

consideraciones en este sentido. En primer lugar, resulta lógico que en virtud de las circunstancias que rodearon su llegada a los Estados Unidos, estos inmigrantes hayan sufrido un fuerte stress. Si en los campamentos en que se les ubicó para su procesamiento y relocalización se abría alguna instalación para atender las necesidades de su salud mental, era natural que, pasando por un estado semejante, muchos sujetos hayan acudido a recibir atención especializada; pero esto no significaba en modo alguno que fueran por fuerza enfermos mentales. Pueden haber sufrido un estado de tensión transitorio, que desaparecería rápidamente con la inexistencia de la situación que lo provocaba.

En segundo lugar, muchos de los individuos que al inicio fueron considerados retrasados mentales resultaron ser en definitiva personas de bajo nivel cultural que en esos momentos se encontraban deprimidas y ensimismadas.²² En tercer lugar, no puede obviarse la posibilidad de que algunas personas, deseosas de abandonar los campamentos, hayan fingido síntomas propios de determinados trastornos siquiátricos. Se debe aclarar que

²⁰ Cfr. Robert Bach, Jennifer B. Bach y T. Triplett: “The Flotilla ‘Entrants’: Latest and Most Controversial”. En Cuban Studies/ Estudios Cubanos, julio 1981-enero de 1982. pp. 29-48.

²¹ Cfr. Cuban-Haitian Task Force.

²² *Ibíd.*

muchos de estos casos eran enviados a distintos centros hospitalarios para su rehabilitación.

Finalmente, Lourdes Argüelles nos revela que en la determinación de cuáles personas requerían tratamiento médico-siquiátrico, influyó el desconocimiento —casi rayano de la ignorancia—, acerca de la realidad cubana contemporánea por parte del personal que atendió directamente al grupo.²³

A juicio de Argüelles este desconocimiento condujo a burdas “simplificaciones diagnósticas”. Así, por ejemplo, “cuando algunos de los hombres se referían a las oportunidades que habían dejado en Cuba, se les atribuían delirios de grandeza; o cuando algunos expresaban su pesar de haber dejado a su familia, se les atribuía resistencia sicológica a tratar de resolver las tareas presentes”.²⁴

Por otra parte hubo personas con verdaderos trastornos mentales que, de acuerdo con el citado informe del Cuban-Haitian Task Force fueron sacadas rápidamente por sus familiares, temerosos de que al ser descubiertos por las autoridades norteamericanas se les devolviera a Cuba.

El otro segmento de la población de inmigrantes cuya presencia alentó la publicidad negativa y el rechazo generalizado fue el de los homosexuales. En julio de 1980 la prensa reportó que estos elementos ascendían a más de veinte mil entre los “entrantes”, como señala el informe del Cuban-Haitian Task Force. El propio documento considera este dato infundado y estima que este grupo lo componían solamente mil personas, lo que se determinó sobre la base del autorreconocimiento de los propios sujetos. Aun a riesgo de parecer reiterativos, puede recalcar una vez más la poca confiabilidad de este procedimiento.

Aunque resulta sumamente difícil arribar a conclusiones finales acerca de lo que hay de cierto o no detrás de la intensa campaña propagandística sobre la condición de criminales, homosexuales o enfermos mentales de gran parte de la población inmigrante, se puede coincidir en que influyó sobremanera en el rechazo que se les manifestó.

SITUACIÓN INTERNA

Pero la oposición y el rechazo que generó el fenómeno del Mariel no sólo se debieron a las características personales de los inmigrantes. Para Gabriel Haslip-Viera tal actitud se explica por los momentos específicos en que ocurría el hecho: momentos de profunda recesión económica con el consiguiente incremento del desempleo.²⁵ El autor hace notar que, a diferencia de lo que ocurre en tiempos de expansión económica, ante condiciones de estancamiento y recesión la absorción de una población inmigrante puede llevarse a

²³ Cfr. Lourdes Argüelles: “Un año después del Mariel”. En Areito. vol. VIII, no. 27, pp. 57-58.

²⁴ Ibid, p. 58.

²⁵ Cfr, Gabriel Haslip-Viera: op. cit.

cabo sólo con grandes dificultades. Se produce una aguda competencia por el empleo y se crea una presión que tiende a la disminución de los salados y de los beneficios de trabajo, como una resultante directa del aumento del ejército de desempleados; y de ahí el motivo del rechazo a los nuevos inmigrantes. Una encuesta llevada a cabo por la Columbia Broadcasting System (CBS) y el periódico The New York Times -y citada por Robert Bach-, arrojó que la mitad de la muestra encuestada se oponía a la admisión de más cubanos en los Estados Unidos; el principal argumento que se esgrimió fue la carencia de empleos.²⁶ Para mayor desdicha, al parecer los marielitos se componen en su inmensa mayoría de jóvenes del sexo masculino, lo que podría representar una seria competencia para la fuerza de trabajo local, según se demuestra en la siguiente tabla:

Edad y sexo de los marielitos (hasta el 15 de octubre de 1980)

Edad	Femenino	Masculino	Desconoc,	total
0-4	2745 (2,2%)	3119 (2,5%)	-	5364 (4,7%)
5-12	4492 (3,6%)	5116 (4,1%)	-	9608 (7,7%)
13-17	2870 (2,3%)	3686 (3,1%)	-	6738 (5,4%)
18-24	5739 (4,6%)	16470 (13,2%)	-	22209 (17,8%)
25-35	8110 (6,5%)	30945 (24,8%)	-	39055 (31,3%)
36-64	10356 (8,3%)	24456 (19,6%)	-	34812 (27,9%)
65+	2496 (2,0%)	2121 (1,7%)	-	4617 (3,7%)
Desconoc.	250 (0,2%)	624 (0,5%)	999 (0,8%)	1873 (1,5%)
TOTALES	37058 (29,7%)	86719 (69,5%)	999 (0,8%)	124776(100%)

FUENTE: Reporte del 1 de noviembre de 1980 del Cuban-Haitian Task Force, p. 80.

Para resumir esta parte, podemos decir que por diferentes razones la población del Mariel conoció una fuerte repulsa interna y que con el fin de identificarlas y diferenciarlas de los cubanos que ya estaban radicados en los Estados Unidos, surgió la palabra marielito, que ha llegado a tener el peso de un inevitable estigma.

REACCIÓN DEL GOBIERNO NORTEAMERICANO

La forma en que el gobierno norteamericano recepcionó a los inmigrantes del Mariel reviste una gran importancia debido a la incidencia que tuvo en su ulterior situación. Por ello ameritaba un análisis independiente.

El desarrollo del fenómeno del Mariel sumió a la administración Carter en una gran confusión, lo que provocó la realización de una serie de pasos falsos en diferentes direcciones. Así, en los primeros días del mes de mayo, cuando recién comenzaba el flujo,

²⁶ Cfr. Robert Bach: "The New Cuban Immigrants: their Background and Prospects". En Monthly Labor Review, 1980, pp. 39-46.

el presidente Carter declaró públicamente que se continuaría recibiendo a los refugiados cubanos “con el corazón y los brazos abiertos”. El día catorce de mayo Carter intentó detener el flujo y solicitó a Cuba el cierre del puente marítimo, al tiempo que enviaba buques de la marina para bloquear el estrecho de la Florida y amenazaba multar a los que desafiaran las órdenes en ese sentido. Pero ya para entonces el control de los acontecimientos escapaba a las manos de las autoridades norteamericanas. Victor Palmieri, el entonces coordinador para Asuntos de Refugiados de los Estados Unidos, expresó con claridad meridiana esa difícil situación de su gobierno al afirmar: “nos encontramos en una situación en la cual no podemos dejarlos entrar, mientras que tampoco podemos detenerlos”.²⁷

Pero quizás donde se haya perfilado con mayor crudeza el rechazo del gobierno norteamericano a la entrada de los nuevos inmigrantes cubanos fue en la negativa, luego de una prolongada demora y de “intensas deliberaciones”, a concederles el status legal de refugiados. En su lugar les fue otorgado oficialmente el status de “entrantes”, una categoría concebida especialmente para solucionar la difícil situación que se les creó. El estado legal objetivo de estos inmigrantes es que se encuentran pendientes de status. Silvia Unzueta, administradora de Proyectos Especiales para Asuntos de Refugiados del gobierno metropolitano del Dade County, considera que en la negativa gubernamental a clasificar estos inmigrantes como refugiados radica en gran medida el origen de muchos de los problemas que se han confrontado más tarde en todos los niveles, debido fundamentalmente a que la nueva categoría administrativa los hacía técnicamente excluibles de la asistencia del Refugee Act de 1980.²⁸

Pero debe aclararse que no sólo resultaban escasos los recursos financieros que se les ofrecía a estos inmigrantes, sino que además ya había dejado de existir una infraestructura semejante al programa de refugiados cubanos —que funcionó hasta 1977—, y que pudiera canalizar apropiadamente cualquier recurso que se les ofreciera.

Todo ello evidenciaba que los tiempos habían cambiado y que ya se estaba viviendo otra época distinta de la inmigración cubana. Se pudiera agregar además que la carencia de apoyo moral desde un punto de vista oficial favorecía en cierto sentido el rechazo a los marielitos en otras esferas de la sociedad.

Se han apuntado distintos argumentos que persiguen explicar la racionalidad que se encuentra detrás de la negativa federal de conceder a los inmigrantes del Mariel los “favores” que les fueron otorgados a los previos grupos de cubanos.

Algunos autores señalan los perennes problemas que ha venido presentando la política inmigratoria y de refugiados de los Estados Unidos.²⁹ Históricamente esta política ha

²⁷ The Washington Post, 4 de mayo de 1980, p. A 26.

²⁸ Cfr. Silvia Unzueta: op. cit.

²⁹ Para un análisis particular sobre este tema, el lector puede consultar los trabajos de Robert Bach, Gabriel Haslip Viera. Juan Clark.

venido formando parte de la política global del Estado norteamericano y ha servido de instrumento a su estrategia de confrontación con aquellos países que se oponen a sus designios, fundamentalmente los del campo socialista.³⁰ Una expresión de semejante utilización ha consistido en estimular las formas ilegales de emigración y, en general, la “disidencia” en estos países, para luego presentar a sus componentes como “héroes” y otorgarles, en consecuencia, un tratamiento especial. Un refugiado ha sido siempre aquel que emigre desde un país socialista, y la inmigración cubana se ha ubicado consistentemente dentro de esta línea.

Ahora bien, en marzo de 1980, muy poco tiempo antes de que comenzaran a arribar los primeros inmigrantes del Mariel, el Presidente norteamericano firmó la aprobación del Refugee Act, una nueva ley que pretendía regular la entrada de los refugiados al país. Se ha planteado que esta ley tenía algunos aspectos “novedosos”, entre los que cabe destacar:

a) la definición de refugiado. La práctica de definir al refugiado acorde a sus intereses particulares dentro de un esquema de confrontación a nivel mundial con el sistema socialista, varió para hacerse más compatible con la definición adoptada por las Naciones Unidas, de una aceptación más universal.³¹

b) análisis “caso por caso”. Para determinar quiénes reunían y quiénes no los requisitos exigidos por la nueva definición de, refugiados, se había planteado realizar un análisis de los aspirantes “caso por caso”.

c) límite por países. La nueva legislación también imponía un límite a la entrada de refugiados procedentes de distintos países. Para el caso de Cuba, el coto que se puso ese año (1980) fue de 3500.³²

Todo apunta a que el Refugee Act no contemplaba la posibilidad de que ocurriera un suceso como el de Mariel, a pesar de que los Estados Unidos ya habían sufrido una experiencia similar quince años atrás, cuando los sucesos del puerto de Camarioca. ' La falta de control del flujo por parte de las autoridades norteamericanas desde la apertura misma del puente marítimo imposibilitó prácticamente la aplicación de la ley. Se sugiere que esta incapacidad para aplicar la ley motivó la exclusión de los cubanos como refugiados.

Los problemas que presenta la política inmigratoria y de refugiados norteamericana son ciertos. Pero no explican el hecho de que a los inmigrantes del Mariel no se les haya reconocido como refugiados. Debe tenerse en cuenta que el gobierno norteamericano se reserva el derecho de tratar como casos especiales a los inmigrantes de determinados países, lo que bien pudo haberse hecho con los marielitos. Por eso, más que un argumento

³⁰ Cfr. Rafael Hernández: La política Inmigratoria de los Estados Unidos y la Revolución Cubana. Avances de Investigación no. 3, CEA, 1980.

³¹ Cfr. Robert Bach: “Pre-Mariel Refugees...”

³² U.S. Government Printing Office: U.S. Refugee, Programs. Hearing before the Committees on the Judiciary, U.S. Senate, Washington, 17 de abril de 1980.'

válido, la imposibilidad de aplicar la ley aparece como una justificación a la decisión que se tomó. Las razones legales no hubieran impedido en lo absoluto reconocer a los inmigrantes del Mariel como refugiados, pues la excepcionalidad del caso cubano ya se había utilizado en otras oportunidades.

La verdadera razón se encontraba en el alto costo económico y político que implicaba este flujo incontrolado. De haber accedido a concederles las “bondades” que se especifican en el Refugee Act, el Estado norteamericano se hubiera visto actuando en el sentido de estimular dicho flujo —al menos podía haberse interpretado así—, y esto, era precisamente lo que quería evitarse, pues además, debido a los agudos problemas económicos del país no convenía que la situación se prolongara por mucho tiempo. Pero para hacer más complejo aún el panorama, coincidentemente con el fenómeno del Mariel se venía desarrollando un fuerte flujo de haitianos.

El trato desigual que recibieron ambos grupos de inmigrantes levantó desde el inicio una fuerte reacción en ciertos sectores de la prensa y en algunos líderes políticos. No se entendía la razón por la que los cubanos se consideraban a priori como refugiados, mientras que a los haitianos se les encasillaba, igualmente a priori, como inmigrantes económicos, aun cuando los últimos provenían de un país donde todavía impera una férrea dictadura.

A las acusaciones de hacer distinciones políticas entre los dos grupos se sumaron las de trato discriminatorio a los haitianos por razones raciales. Se exigía que a los haitianos se les otorgara el mismo tratamiento que a los cubanos.

Ante esta disyuntiva la solución del gobierno norteamericano consistió, como se sabe, en negarle tanto a un grupo como al otro la condición de refugiados.

El temor que abrigaba el gobierno de que el conceder el status de refugiado a los cubanos se convirtiera en un acicate a la continuación del flujo migratorio se hizo extensivo a los haitianos y, por iguales motivos, al resto de los países del área caribeña. Incluso el gobierno norteamericano se hubiera visto también en la necesidad de brindar alguna solución al problema de otros grupos de inmigrantes que ya se encontraban en el país, como por ejemplo, el caso de los centroamericanos (salvadoreños, nicaragüenses, guatemaltecos).

De esta manera, desentendiéndose de la problemática que planteaba al país la inmigración de esa enorme masa humana, el gobierno federal puso prácticamente sobre los hombros de las instituciones locales la carga que se desprendía de las gestiones para su relocalización.

EL PROCESO DE RELOCALIZACIÓN

Por regla general el tránsito de los inmigrantes que llegan a los Estados Unidos comienza con el proceso de relocalización, de cuyo éxito o fracaso depende en muchos casos, el adecuado ajuste del inmigrante a su vida futura.

Según el procedimiento convencional, una vez que la instancia que se encarga de tal gestión procesa al inmigrante, lo pone en manos de distintas agencias voluntarias privadas

—generalmente de carácter religioso—, que tienen experiencia en estas tareas. Ellas tienen la función de encontrar un tutor o padrino (sponsor) que se responsabilice del inmigrante, que debe ser con preferencia un familiar o un amigo. Si el inmigrante fuera reclamado por alguien, se le entrega directamente sin necesidad de que medien las agencias en cuestión. El tutor tiene la responsabilidad moral de introducir al inmigrante en su nueva vida en la comunidad —es decir, enseñarle cómo hacer sus compras, dónde solicitar trabajo o cualquier otra gestión, qué transporte utilizar, etc.

Además debe atender algunas de sus necesidades primarias en el período inicial hasta que se encuentre en condiciones de desenvolverse de manera socialmente independiente.

Puede afirmarse que desde sus inicios el proceso de relocalización de los inmigrantes del Mariel estuvo plagado de problemas, tanto en los lugares donde tenían que esperar mientras se les localizaba un padrino, como en la dificultad para encontrarlo y también en la fragilidad de su mantenimiento.

La magnitud e intensidad del influjo impidieron que el procesamiento habitual se realizara de forma ordenada. Baste decir que solamente en el mes de mayo —“un mes para recordar”,³³ según palabras de Clark—, arribaron por la vía del puente marítimo 86488 personas, más que en ningún año anterior; y que en un día, el 14 de mayo, entraron a los Estados Unidos 5516, cifra que superó en 523 el número de personas que arribaron a los Estados Unidos durante el episodio de Camarioca en 1965.

Se hizo necesaria la apertura de cuatro viejas instalaciones militares, habilitadas como campamentos de procesamiento, con el objetivo de brindarles un albergue transitorio en tanto no se encontrara un tutor que se hiciera responsable de los mismos. Estos campamentos fueron Eglin AFB, en la Florida; Fort Chafee, en Arkansas; Fort Indiantown Gap, en Pennsylvania y Fort Mc Coy, en Wisconsin.

La estancia en estos campamentos devino un capítulo importante en su vida y afectó indudablemente su ajuste e inserción en la nueva vida. A ellos se destinó la mayoría de los que llegaban. Según cálculos del Cuban-Haitian Task Force, 62541 personas fueron enviadas directamente a los campamentos para su procesamiento, lo cual representaba el 50,1 % del total. Pero no sólo son importantes estos campamentos por el hecho de que casi todos estuvieron en ellos: allí, además, prevalecían pésimas condiciones de vida —hacinamiento, malos tratos, ineficiente dirección—, lo que llevaría a la agudización de las frustraciones de las expectativas que los inmigrantes llevaban consigo. Juan Clark, un sociólogo que no podría ser tildado de crítico a la sociedad norteamericana, apunta en este sentido

que dentro de los campamentos las autoridades carecían de una clara comprensión y orientación de lo que debían hacer con la población de inmigrantes. Las contradictorias y constantemente cambiantes políticas con frecuencia se sucedían unas a otras con el inevitable resultado de la frustración. Para un número

³³ Juan Clark: op. cit., p. 2.

de administradores trabajar en los campamentos significaba simplemente la oportunidad de hacer dinero fácil. No mostraban interés por el bienestar de los refugiados que no hablaban inglés o por aquellos que no entendían la complejidad del proceso por el que atravesaban. A causa de ello, un grupo de oficiales no estaban obviamente interesados en finalizar esta experiencia “financieramente recompensada”.³⁴

Toda esta situación condujo a un estado explosivo en los campamentos, que dio lugar a distintos disturbios y motines, lo que contribuyó a la publicidad negativa.

Por otro lado, la estancia en los campamentos se prolongaba debido a que se afectó la localización de tutores. Se hacía difícil encontrar a alguien que quisiera responsabilizarse de algún marielito, y mientras esto no sucediera no podrían salir del lugar.

Veamos algunos factores que obstaculizaron el normal desenvolvimiento del proceso de localización de padrinos. Uno de ellos fue la intensidad de la inmigración; es decir, la enorme masa humana que llegó en un período de tiempo tan corto. Esta anormal situación impidió seguir en muchas ocasiones los procedimientos tradicionales, lo que, por supuesto, provocó muchos inconvenientes.³⁵ Otro factor que se ha señalado es la lejanía de los campamentos de relocalización con respecto a la residencia de los familiares y amigos de los inmigrantes. La mayor colonia cubana en los Estados Unidos está ubicada en Miami, y es allí precisamente donde se encontraba la mayoría de los familiares y/o amigos de los marielitos. Sin embargo, el campamento más cercano a esta zona se encontraba al norte del estado de la Florida.

Un tercer factor se refiere a la carencia de familiares o amigos de una parte sustancial de este grupo.³⁶ Este era un elemento que dificultaba aún más la tarea de relocalización, porque debido a la imagen que existía sobre ellos, pocas personas se atrevían a introducir a un extraño en su casa sin que mediara siquiera algún lazo afectivo. También se ha indicado la insuficiencia de fondos monetarios que se pusieron a disposición de este proceso, lo cual determinaba en la práctica que el sponsor tuviera que hacerse cargo de la manutención completa del inmigrante que aceptara apadrinar, y esto representaba una carga extra en una época en verdad difícil desde el punto de vista económico. Y precisamente como consecuencia de la recesión existente y de la dificultad para encontrar empleos, la carga adicional que representaba el tutorado amenazaba prolongarse demasiado tiempo.³⁷

Ahora bien, en el caso de que a pesar de todo se lograra encontrar un padrino para el nuevo inmigrante esto no quería decir que la relación se mantuviera con absoluta seguridad. Así, por ejemplo, de acuerdo con Silvia Unzueta la tasa de rompimiento da

³⁴ Ibid, pp. 14-15

³⁵ En este sentido, ver los estudios de Bach y de Juan Clark.

³⁶ Cfr. Silvia Unzueta: op. cit.

³⁷ Cfr. Robert Bach: "The New Cuban Immigrants..."

tutores (broken sponsorships) oscilaba entre el 30 y el 40% de todos aquellos relocalizados. Esto ponía al marielito en una situación de total desamparo.³⁸

A manera de resumen puede decirse que para los inmigrantes del Mariel el proceso de relocalización resultó infortunado, a diferencia de lo que habrá representado para los anteriores grupos de cubanos, para quienes se implementó un costosísimo aparato institucional con amplios recursos financieros que tenía, entre otros, el objetivo de amortiguar la entrada a la nueva vida. Los últimos, por el contrario, entraron sin paliativo alguno a un medio complejo que los sometía, además, a severo rechazo.

INTEGRACIÓN ECONÓMICA y SOCIAL

Pese a los esfuerzos dirigidos a la relocalización de los entrantes fuera del Dade County, un alto porcentaje todavía permanece concentrado en el área.³⁹ Algunos sencillamente nunca salieron de allí, mientras que otros han retornado al lugar, lo que ha traído como consecuencia inmediata su saturación.

Rápidamente ascendió la tasa de desempleo en el condado desde un 5% hasta el 13%.⁴⁰ La responsabilidad de los marielitos en la brusca subida del índice de desempleo se confirma por los datos ofrecidos por la Little Havana Manpower Agency, que reportó que en marzo de 1981 el 94,9% de las personas incluidas en las listas de espera provenían del flujo de Mariel. Esa misma agencia había conseguido empleo desde la llegada de los primeros marielitos hasta esa fecha a 2165 personas: de ellas sólo el 13,1% correspondía a este grupo.⁴¹

Para los marielitos el desempleo ha tenido un significado especial, pues no recibían ningún tipo de compensación por este concepto. La posición en que se encontraban resultaba bastante paradójica. Como se ha subrayado, al carecer de trabajo necesitaban una cierta asistencia para poder sobrevivir que les era negada, pero si lo encontraban eran acusados de incrementar el desempleo.⁴² El desempleo representaba, como se ha dicho, la indigencia en el sentido literal de la palabra.

El enorme flujo sobre el sur de la Florida provocó también una crisis en la vivienda. Según Silvia Unzueta el índice de casas disponibles para su alquiler era para el Dade County —aun antes de la influencia negativa del Mariel—, menor del 0,5%, y más crítico todavía en las zonas que habitaban las familias hispanas, hacia donde fue a vivir la mayoría de los que llegaron.⁴³ También eran sumamente altas las rentas que había que pagar para poder vivir en ellas. Con el advenimiento del fenómeno del Mariel estos aspectos se agudizaron más, por lo cual casi el 87% de las personas que llegaban tenían que irse agregando en su

³⁸ Cfr. Silvia Unzueta: op. cit.

³⁹ Aunque no se poseen las cifras exactas de la cantidad de marielitos que se encuentran en Miami, casi todos los autores coinciden en que la mayoría reside allí en estos momentos.

⁴⁰ Cfr. Los trabajos de Silvia Unzueta y de Juan Clark.

⁴¹ Cfr. Silvia Unzueta: Ibid.

⁴² Cfr. Robert Bach: "Pre-Mariel Refugees..."

⁴³ Silvia Unzueta: op. cit.

inmensa mayoría a las casas de los familiares o amigos. Los núcleos familiares se incrementaron en un 80%, según la encuesta que realizó Lasaga en 1980;⁴⁴ lo que determinó el hacinamiento de los habitantes de las casas. Tenían que dormir en las salas, en las cocinas, en los garajes, en los comedores. Otros en peores condiciones tenían que hacerlo en lugares menos apropiados: carpas, automóviles de amigos, etcétera.

Por otra parte, como tendencia no se ha logrado que a los marielitos se les acepte en igualdad de condiciones desde un punto de vista social. A las razones que ya se han visto, habría que sumar el agravante de que, en oposición a los cubanos “más antiguos”, hay un fuerte núcleo de negros y mulatos entre los marielitos, que los hace acreedores de una doble discriminación: primero por marielitos, y después por negros.

Los inconvenientes que este grupo ha presentado para ubicarse en la sociedad norteamericana se han tratado de interpretar a partir de su relativa juventud, en el sentido siguiente: el hecho de que nacieran y/o crecieran bajo un sistema social de carácter socialista, implica que estuvieron sometidos al mismo durante mucho tiempo y que, en consecuencia, estos sujetos tienen que haber asimilado necesariamente algunos valores de nuestra sociedad.⁴⁵ Esos valores, por supuesto, no son sólo diferentes, sino además diametralmente opuestos a los imperantes en la sociedad norteamericana y en la comunidad cubana. A partir de un análisis psicológico, algunos autores observan que los marielitos presentan una orientación menos individualista que los cubanos que residen en los Estados Unidos, mientras mostraban, por el contrario, un marcado sentimiento de apego y dependencia hacia el grupo de amistades, con el que se proyectaban de manera particularmente solidaria y al que consideraban incluso más importante que a sí mismos. Según estos autores, estas características, y otras más, los hace estar menos preparados para enfrentar la realidad cotidiana de la sociedad norteamericana.

Indudablemente, la permanencia durante años bajo un sistema socialista no los prepara para vivir en un país capitalista. En Cuba tenían la seguridad absoluta de que la satisfacción de sus problemas más elementales y básicos —salud, alimentación, educación, entre otros—, estaba garantizada por el Estado. Esto, por supuesto, no asegura que lo mismo vaya a ocurrir allá, donde todo depende en lo fundamental de los medios económicos con que cuente el individuo para resolver sus necesidades básicas en este sentido; pero de todas maneras, la explicación de las dificultades de inserción de los marielitos no puede hacerse únicamente a partir de este factor. Hay que analizar integralmente la confluencia de todos los factores que han determinado y determinaran su destino final en la sociedad norteamericana, y principalmente, los que se vieron anteriormente: rechazo, precaria situación económica, pobre asignación de fondos para su ayuda.

⁴⁴ Cfr. José I. Lasaga: “Survey of Cuban Refugees: Exodus, Employment, Housing”, 1980.

⁴⁵ Cfr. Dorita Marina y Silvia Unzueta: “The Mariel Refugee: who is he?”, ponencia presentada al XVIII Congreso Interamericano de Psicología, República Dominicana, 1981.

A manera de conclusión puede afirmarse que, salvando los aspectos negativos que presenta la bibliografía que se ha producido en los Estados Unidos sobre el Mariel —y que fueron señalados ya—, su lectura arroja un balance final que apunta a que lo más grave que le ha sucedido a los marielitos no ha sido la ruptura de las expectativas que todos tenían de encontrarse un mundo sólo concebible en la ficción. Mucho más notorio aún —y en esto coinciden casi todos los autores revisados—, es que van a ocupar finalmente los estratos más bajos de la estructura social.

No puede pensarse que la integración de los cubanos que llegaron antes de 1980 haya sido un éxito para todos, y ni siquiera para la mayoría, como se ha tratado de demostrar reiteradamente. Pero una comparación elemental de ambos grupos, el de antes y el de ahora, bastaría para convencernos de que el último ha corrido una peor suerte desde el inicio mismo. Como se sugiere en alguna parte, la “época dorada” de la inmigración cubana ya ha llegado a su fin.